

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. por trimestre para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO IMPORTANTE.

ESPAÑA GEOGRAFICA,

HISTORICA, ESTADISTICA Y PINTORESCA.

Se han remitido ya á provincia las tres primeras entregas de esta obra, y continuarán las sucesivas sin interrupcion, á dos por semana, conforme á lo ofrecido. En Madrid ha sufrido algun entorpecimiento el reparto de entregas por efecto de la mucha suscripcion que se ha aglomerado, faltando el tiempo para ordenar las carreras y demas operaciones materiales. Rogamos á los que nos favorecen, que disimulen por unos dias este retraso que no durará mas que hasta la entrega 5.^a, con la cual concluye el plazo señalado para admitir suscripciones con rebaja, y podremos ocuparnos mas de la distribucion.

Á los señores suscritores y correspondientes de provincia que no hayan dado aviso y quieran recibir la obra, les replicamos encarecidamente que no demoren darlo cuanto antes, porque es imposible conceder prórroga para disfrutar de las ventajas ofrecidas á los que hagan el abono antes de la entrega 5.^a El objeto de esta condicion es poder regularizar la tirada, porque como la obra es tan voluminosa y tan costosísima, una segunda edición seria muy difícil, y de todos modos imposible al precio que se ha señalado. Si insistimos sobre este punto, es en beneficio del suscriptor, á quien, si no avisó oportunamente, no podremos complacer por mas que tal sea siempre nuestro deseo. La obra contendrá por lo menos 70 pliegos de impresion.

ZADIG BASA.

No es seguramente la época que alcanzamos muy fecunda en aventuras maravillosas; los prodigios de las artes que al parecer debían haber estrechado los límites de la imaginación, han hecho por el contrario que esta facultad divina estienda sus poderosas alas; los pueblos se han mezclado y confundido por do quiera, desarrollándose extraordinariamente el espíritu de sociabilidad. La electricidad y el vapor; hé aquí nuestros genios, nuestros misteriosos talismanes; con

ellos se recorre el mundo, y bien pronto una noticia se trasmittirá de un extremo del mundo á otro, con mas velocidad que si una bala la llevara en su regazo. Aun las pasiones han perdido su antigua nobleza, hoy no se cree ya en su poder, y hay muy pocos que se dejen arrebatados de su impulso; se las calcula detenidamente; si el cálculo es falso tanto peor para el calculista; si es justo, el resultado está muy lejos de poderse considerar como un milagro, puesto que no es otra cosa que la cifra que necesariamente debía producir una operacion bien hecha.

No sucedía así cien años atrás, si recordamos al menos al señor Felix de Vivieux, gentil hombre provenzal, habitante de Marsella, en cuyo pueblo habia nacido, y que con su casaca raída, su gran pluma en el sombrero tricorno y su daga de empuñadura de acero, era el mas alegre, el mas gallardo, el mas amable como tambien el jóven mas pobre y miserable de la ciudad. Cuando el paño del traje enseña la urdimbre y dá respiradero al codo, cuando el sombrero se olvida de su primitiva forma, y cuando la gastada vaina se cansa de ocultar el enmohecido acero de la espada, no hay otro recurso, si se puede, que el de renovar el guardarropa; pero ¡oh desgracia! para conseguir este objeto no se presentaba otro medio al pobre Vivieux que el de dirigirse al ministro, darle á conocer su posicion y suplicarle que le concediese una plaza en los regimientos de S. M. el rey Luis XV; aunque es de suponer el dolor que hubiera sufrido el pobre jóven al abandonar su idolatrada patria, otra causa le detenía aun en ella. La señorita Julia Meynard, hija de un rico joyero le amaba tiernamente, y ambos creían que el anciano mercader no tendria inconveniente en enlazarse con un cumplido hidalgo jóven, gallardo, de caracter franco y agradable, y elevar por este medio á una antigua familia que sin semejante apoyo, se estinguiría á bordo de una galera de Malta ó vejetaría ignorada de todos entre las filas de un regimiento. Por aquellos tiempos, los mercaderes poderosos, se prestaban con gusto á contraer alianzas que alzasen á sus hijos ó nietos al rango de los nobles, con lo cual al mismo tiempo que conseguían algun cargo en la municipalidad, tenían tambien la ventaja de ver disipadas, antes

de morir, las tres cuartas partes de su fortuna. Obligado, pues, Vivieux, por los consejos de su adorado tío, se presentó un día en casa de monsieur Meynard á pedirle la mano de su hija. El mercader le suplicó que le siguiera á su almacén.

—Ahora bien, señor hidalgo, le dijo: he aquí diamantes; en este otro lato rubies de Oriente; en este rincón ponga las amatistas, topacios, y zafiros; más allá están las sacas de perlas; y aquí tiene vd. varias varillas de oro y plata. Además sabe vd. que esta casa es de mi propiedad, como otras dos que dan vista al muelle, y que sin mencionar mi dinero contante, tengo una magnífica casa de campo á dos leguas de la ciudad; pues bien, señor mío, no quiero cambiar todo esto por vuestra casaca raída y la pluma de vuestro sombrero; tengo muy presente la suerte de dos socios míos que se han arrojado por unirse á la nobleza. No quiero que mis caudales sirvan para pagar comilonas; cuando seáis mas rico que yo, veremos si entonces puedo hacer una esperiencia que tan malos resultados ha producido á otros.

La bella Julia que sin ser vista presenciaba la escena, creía en el exceso de su pasión que todos los diamantes del mundo y todas las casas de la ciudad no valían tanto como el hermoso jóven que pedía su mano; así, entró precipitadamente en el almacén, se arrojó á los pies de su padre y le suplicó que accediese á la demanda de Mr. Vivieux; no ónaba á nadie sino á él, le decía, no sería jamás esposa de otro y moriría seguramente si no se la unía á su amante. La señorita Meynard era hija única; pero su padre educado y envejecido en el comercio y que á fuerza de trabajos y perseverancia había obligado aun á la misma fortuna á seguir su voluntad, no estaba dispuesto de ningún modo á obedecer los caprichos de su hija.

—Retiraos, señorita, le dijo bruscamente, y vos, caballero, cuando queráis obtener la mano de la hija de un millonario, ponéos otro traje si os parece.

—Querido Felix, exclamó Julia llorando amargamente: jamás seré de otro, le lo juro!

—No os compadezcáis de ella, dijo Meynard, poniendo bruscamente al hidalgo en la puerta de la calle, no morirá soltera.

—Ese es mi mas ardiente deseo, respondió Vivieux sin saber á punto fijo lo que decía.

Sin embargo, al contemplar el amor de aquella tierna niña, Mr. Vivieux maldijo por la primera vez su pobreza que le privaba de una muchacha tan hermosa, tan rica y tan enamorada de él, como la sin par Julia; pero siendo este mal de los que no tenían remedio, decidió no esponerse de nuevo á la negativa de Mr. Meynard; por otra parte su contraria estrella le prohibía aun de soñar en un rapto: ¿A donde huir sin dinero? ¿y cómo evitar además la vergonzosa reconvenccion de haber espedado con las riquezas del padre en el mero hecho de robar á la hija? No quedaba, pues, á Mr. Vivieux, mas que un partido que abrazar y era el de

procurarse una recomendacion del gobernador de la provincia para el ministro, pedir prestados cien escudos á un pariente suyo que habitaba en Aix, y salir de Marsella para probar fortuna en Paris. Aljismado en estos pensamientos, cabizbajo y aburrido bajaba la calle, cuando de repente se halló manos á boca con un anciano moro, de barba prolongada y blanca, que le saludó profundamente bajando la cabeza y poniéndose los manos en el sentimiento turbante, y que en lengua franca le dirigió en estos términos la palabra:

—Dios solo es Dios, y Mahoma su profeta.

—No me opongo, respondió Vivieux, cuya devoción no era á la verdad muy ejemplar.

—Dios ha resuelto colmarlo de bienes, bello infiel, y hacerle uno de los hombres mas ricos de la tierra.

—¿A mí? replicó Vivieux, uno de los hombres mas ricos? ¿Y de la tierra?

—Si, jen nombre de Mahoma! dijo el moro.

—¿Yo! ¿y seré mas rico que Mr. Meynard?

—¿Que Mr. Meynard? ¿Hablas de ese miserable mercader de diamantes y perlas, de cuya tienda acabas de salir?

—Si, respondió Vivieux, el primer diamantista de Marsella.

El moro se encojó de hombros con desprecio.

—Te digo, infiel, que Mahoma te protege y que Dios te ha elegido para hacer ver á los verdaderos creyentes que su bondad se estende á toda la naturaleza, y que aunque preste con mas razon su ayuda á los que siguen su santa ley, no se desdena, sin embargo, de prodigar sus beneficios aun á los infieles.... Ven.... sigueme y si tu corazon es digno de la fortuna que se le prepara, antes de tres meses tendrás mas diamantes que todos los joyeros de Marsella juntos y podrás contar tus *cequies* por fanegas.

El jóven Vivieux echó una mirada á su raído y desaliñado traje, metió la mano en el bolsillo de su casaca, y viendo que el futuro poseedor de los *cequies* contados por fanegas no tenía ni un escudo, se decidió en el momento.

—Vamos, le dijo al moro, ya te sigo.

Este tomó el camino de la misma calle en que vivía Vivieux y se detuvo delante de una casa pequeña y de apariencia mezquina, cuyas ventanas estaban cerradas.

—Infiel, le dijo el moro antes de levantar el pestillo, si por efecto de tu locura, salieses de esta casa tan pobre como vas á entrar, jurame antes olvidar lo que veas y lo que oigas en ella, mostrándote de este modo digno de la confianza que en ti va á depositar un hijo del profeta.

—Lo juro, respondió el jóven sin titubear.

Abrióse despues la puerta, y en vez de pisar la piedra ó el mármol con que en general se embaldosan las entradas de las casas en Marsella, sintió Vivieux que andaba sobre suavísimos y blandos tapices. Una lámpara de oro colgada del techo alumbraba una sala rodeada de magníficos divanes;

el moro le hizo sentar y le suplicó que esperase un poco. Algunos minutos despues se abrió una mampara y Vivieux vió entrar á un hombre de una estatura alta y magestosa. Su gran barba negra, entrelazada con algunos hilos de plata, bajaba hasta cubrir parte de su aljuban; su turbante de cachemira estaba adornado con un penacho de brillantes. Este hombre dió al marselles su *salém* oriental, tocó despues las palmas y dos esclavos negros trageron inmediatamente las pipas y el café. Cuando el licor de Moka fué consumiéndose á cortos tragos y el tabaco de Zataleh perfumando la estancia con el mas delicado aroma, el estrangero dijo á su huésped:

—Mírame bien, jóven, ¿un recuerdas haberme encontrado alguna vez?

El comercio que Marsella ha hecho siempre con el Asia y el Africa, proporeñora continuamente á aquel puerto la concurrencia de tunecinos, marroquíes, egipcios y habitantes de Constantinopla, que recorren la ciudad con los trages de su país y en los cuates no se para la atención por la costumbre de verlos; pero Mr. Vivieux á fuer de noble estaba siempre ocioso y respondió afirmativamente.

—Creo haber visto en el puerto á alguno que se parecia mucho á tí, pero pertenecía á una clase mucho mas baja que la tuya, á juzgar por la mala calidad de sus vestidos.

—El que juzga al hombre por el traje está muy espuesto á equivocarse, dijo el estrangero; y en tí mismo tienes la prueba; á veces un caltan ordinario cubre á un poderoso de la tierra; yo soy Noureddin Ali, emir del sultan del Cairo; es decir, uno de los principales personajes de Egipto; atravieso la Francia de incógnito para volverme á mi país; pero mi hija Zobeida, que me acompaña á todas partes, ha sido atacada en esta ciudad de una enfermedad desconocida. He consultado á todos los doctores de Marsella y han sido inútiles los esfuerzos de su ciencia; sus remedios no han producido otro efecto que agravar el mal. Eblis, el jefe de los demonios, se ha apoderado de mi hija y tiemblo á cada momento perderlo que hay de mas querido en el mundo para mí.

—Si en realidad de médico es como yo he de adquirir las riquezas que se me han propuesto, dijo Vivieux, desde ahora te digo que en vano has acudido á mí, Noureddin; ignoro absolutamente el arte de curar, soy noble.

—Te engañas, jóven, contestó el emir; escucha, tu pasas diariamente por esta casa para ir á tu tuya, Zobeida te ha visto á través de las celosías; y tú eres quien le ha producido el mal que la devora.

—Yo! exclamó Vivieux.

—Si, tú, y solo tú puedes curarla; Zobeida lo asegura; y el ángel Gabriel que se me ha aparecido esta noche, me ha dicho lo mismo. Conserva si quieres tu religion; solo te pido que seas tan tolerante para mi hija como ella lo será para tí; fija tu mismo el dote que há de llevar, que sea cual-

quiera yo le doblaré y serás mi yerno.... No exijas mas que una cosa, añadió el emir; y es que salgas de esta ciudad, vengas con nosotros dentro de una hora y nos sigas á Egipto.... Allí te hará tan rico, tan poderoso, que tras detrás del sultan y de mí y aun delante de mí si quieres.... Vamos, jóven, acepta mis ofrecimientos, salva á mi hija, puesto que tú solo puedes salvarla, librada de Eblis que la atormenta, y el mismo Jesus, que es un gran profeta, te recompensará.

—No me parece mal, Noureddin, respondió Vivieux; házme el gusto de enseñarme á la encantadora Zobeida.

—Ver á mi hija! exclamó el Emir levantándose de repente y echando mano á su cimitarra. ¿No sabes miserable, que ningún hombre la ha visto, á no ser su padre y el eunuco á quien está confiada...? Pero te perdono, dijo calmándose, no conoces nuestros usos ni costumbres. Tu verás á mi hija en el Cairo, si nos sigues, cuando entres en la cámara imperial. Sin embargo, has dicho con razon, la encantadora Zobeida; y en efecto, jóven, mi hija es tan hermosa como las huries del profeta; sus ojos negros parecen dos estrellas, sus labios tienen la misma frescura y semejanza de una granada entreabierta, y su rostro era en otros tiempos dulce como la Maga de la noche; pero ¡ay triste! Eblis ha marchitado ligeramente sus mejillas, y ha tornado en jazmines sus rosas y claveles... Ahora bien, jóven, ¿qué decides?

Mr. Vivieux inclinó la cabeza sobre el pecho y dedicó un recuerdo á su querida Julia.

—Yo no conozco, decía para sí, á esa Zobeida, no la he visto nunca, ni la amo; por consiguiente si la digo no puede decirse que cometo una infidelidad (y en efecto no lo era, en el sentido que hoy damos á esa palabra.) De cualquiera manera y sea cualquiera el partido que abraze, Julia está perdida para mí; no nos obstinemos pues en luchar con lo imposible, separémonos, si, pongamos el mar entre los dos.

A mas de esto consideraba (y con razon) Mr. Vivieux, que es mucho mas agradable tener un magnífico palacio, esclavos de todos colores, vestirse con oro y pedrería, ser en fin, yerno de un poderoso emir, que solicitar una subtenencia en los ejércitos franceses y contraer deudas en una guaricion.

Decidido, pues, levantó la cabeza y contestó al emir:

—Salgamos.

Vistióse en seguida al novio con un traje de honor, y el mismo emir le puso en el dedo una costosa y hermosa sortija, como para hacerle esperar con paciencia los futuros diamantes. Mr. Vivieux no volvió á salir de la casa de Noureddin; bien es verdad que no fué gran sacrificio puesto que sin padre ni madre, con pacientes lejanos, sin otro patrimonio que algunas no escasas deudas, no tenia otra cosa que llevar al Cairo sino su casaca raída, su sombrero de pluma y su espada de puño

deacero. Vino por fin la noche y el emir disfrazado salió de su casa, seguido de su comitiva, de su futuro yerno Mr. Felix de Vivieux y de Zobeida, á quien llevaban en una litera, según los usos de Oriente; dirigiéronse al puerto donde les esperaba un navio, embarcáronse todos y al poco espacio se hicieron á la vela. No seguiremos á Vivieux en su travesía á Egipto; llegó al Cairo felizmente, vió por fin á la que debía ser su esposa, cuya hermosura no había exagerado el amor paternal, pues Zobeida era sin duda tan bella como una hurí del profeta; y ¡cansa notable! Noureddin cumplió todas sus promesas: el oro, los diamantes, los palacios, los esclavos, los caballos, todo se prodigó generosamente al que debía libertar á Zobeida de las garras de Eblis. El jóven no se descuidó por su parte; haciendo gustar á su esposa y prendarse cada día mas de aquella amabilidad tan propia de su carácter y de la gracia y galantería francesas tan desconocidas en Oriente; pero no parece sino que cuando un espíritu maligno se apodera de una tierna jóven, deja trazas indestructivas en su curso; Zobeida murió diez meses después de su boda y el ángel Gabriel la llevó al paraíso de la haries. Entonces el emir Noureddin mandó llamar á su yerno á quien el sultán del Cairo había elevado á haja.

—Zadig, (3) le dijo: tu eres honrado y bueno, y si algún hombre en el mundo hubiera podido evitar que se cumpliera lo que estaba escrito, sin duda ese hombre hubiera sido tu; sin embargo, en la lucha entre Eblis y Gabriel, ha vencido el ángel bueno; esto estaba escrito; tu presencia aquí me es muy dolorosa porque me recuerda á cada momento á mi adorada Zobeida; vete pues, vuelve á tu Francia; vuelve á habitar de nuevo la ciudad de Marsella y si en cualquiera época te acometiese la desgracia, acuérdate de tu padre Noureddin-Ali. Complaceme, hijo mio, los cequíes se te contarán por fanegas y tendrás mas diamantes que aquel pobre joyero de cuya casa salías el día que Hassan el moro te presentó á mí.

Mr. Vivieux se embarcó en Roseta y arribó felizmente al puerto de Marsella. Cuando llegó á su casa y después de haber encerrado sus cequíes y colocado sus diamantes en una gran caja que apenas podían llevar dos hombres, se cortó los bigotes, se puso su casaca raída, calóse su sombrero de plumas y se colgó su espada de puño de acero; en este traje y seguido de su preciosa caja, fué á presentarse á la tienda del mercader Meynard.

—¡Ola! ola! le dijo el viajero; ¿otra vez tenemos por acá al señor hidalgo con su casaca raída? Amigo mio, no puede ser lo que vd. quiere; Julia no es para vd., se casa con un mercader de paños de la calle Mayor, el día de la boda regularémosle á vd. un traje nuevo y ¡qué diablos! veremos si es vd. mas feliz cuando se halle mejor vestido.

Mr. Vivieux había aprendido entre los orientales

el arte de ser muy económico en sus palabras; así que, por toda respuesta abrió la caja y mandó echar los diamantes y rubies á los pies del joyero.

Este se arrojó inmediatamente al suelo para reunir las piedras, examinar las aguas, la transparencia, el grueso y para contarlas; Julia atraída por las exclamaciones de su padre, bajó la tienda, y sin ver los diamantes se precipitó en los brazos del que amaba.

—Mira, la decía Meynard, los collares que te trae Mr. Vivieux.

—Ya me lo figuraba yo, estaba segura, respondió la jóven pisando los tesoros que se desdenaba mirar.

Inútil es decir que el mercader de paños fué políticamente despedido. Mr. Vivieux dió la mano á la señorita Julia Meynard y no quiso absolutamente firmar su contrato de boda sino de esta manera: *Vivieux, Zadig-Baja*, ni llevará poder de la novia otro traje que su casaca raída &c. Contaba despues como quería el origen de su fortuna, pero tuvo el talento de no decir jamás á su muger nada del ángel Gabriel, del demonio Eblis, de Noureddin-Ali, ni de Zobeida.

Hoy día los viajeros van de Marsella al Cairo, con la misma facilidad que los comerciantes de vino hacen la travesía de París á Saint-Denis; pero el haja de Egipto ha prohibido severamente á sus emires que den á los infieles cajas de diamantes y que les cuenten los cequíes por fanegas.

M. A.

LA CIGUEÑA.

La cigüeña es el ave que mas ha disfrutado en todas partes universal proteccion: en todas es útil al hombre, limpiando la tierra de animales dañinos; y en ninguna ocasiona perjuicio. Tiene mucho afecto á sus hijuelos, pues nunca los abandona: la historia ha consagrado el admirable rasgo de la cigüeña de Delli, la cual habiendo hecho increíbles, aunque vanos esfuerzos, por salvar su cria del incendio de esta ciudad, antes que abandonar á sus hijos se dejó abrasar por las llamas.

Parere que las cigüeñas se sienten reconocidas á la proteccion que se les dispensa, volviendo cada año á los mismos sitios; bien que su propio interés basta para explicar su vuelta constante; á ejemplo de las golondrinas y otras aves. Además el pueblo vive aun persuadido á que las cigüeñas llevan la dicha en las casas donde establecen su morada; pueblos hay que ponen en los techos cajas y otros muebles á propósito destinándolos para servir de base á los nidos. Cuando á su vuelta primavera hallan las cigüeñas dichos nidos, los adoptan con manifiestas señales de regocijo; cuando tienen que construirlos nuevos, se afanan solícitas acumulando tronquitos y junco, materiales de que los componen. Regularmente anidan en las

(4) Zadig es el equivo sante árabe de Felix.

torres ó campanarios , en la cima de un grande árbol , en las orillas del agua , ó en las crestas de escarpados peñascos.

La puesta de estas aves consta de dos ó cuatro huevos , de color blanco sucio y amarillento , algo menores , pero mas prolongados que los de oca. El macho empolla mientras la hembra va en busca del alimento. Los polluelos nacen despues de un mes de incubacion ; y en el primer tiempo están cubiertos de un plumon oscuro. Los padres nunca van juntos al campo , sino que queda uno siempre en vela al lado de los polluelos , hasta que son ya bastante crecidos y fuertes para procurarse por sí el sustento.

La cigüeña tiene el pico grueso y medianamente hendido ; el choque de sus anchas y ligeras mandíbulas produce un chasquido ó castañeteo muy particular; sus piernas son reticulares y enjutas; sus movimientos pausados ; y largos y mesurados sus pasos.

Durante su robusto y sostenido vuelo lleva la cabeza ticsa hácia delante , y las piernas estendidas hácia atrás le sirven de timon. Los sitios donde con preferencia habita son los pantanos, praderas y orillas del agua , y se alimenta de peces, reptiles , y pequeños mamíferos , de antemano macerados y triturados , de gusanos y de insectos.



La cigüeña.

LEDÁN Y MINLA.

LEYENDA ESCANDINAVA.

PRÓLOGO.

En los tiempos antiguos, las fábulas se albergaban bajo el manto espeso de la historia. Las islas Británicas, entonces desconocidas, estaban pobladas de moradores errantes y agrestes que

formaban tantas naciones casi como familias, cuyos intereses chocándose necesariamente á cada momento, fraguaban una cadena interminable de pequeñas guerras. Algunas veces se unian varias colonias para oponerse á igual número de coligadas, y otras los habitantes de una misma comarca divididos entre sí, se entregaban á combates sangrientos. De este modo, enteramente avezados á las desavenencias civiles, la pelea era el elemento de estos naturales. Todos los hombres eran guerreros; pero entre estos, los bardos se distin-

guieron por hechos, mas singularmente cabal-
rescos y por ocupaciones propias de la exaltación
de una imaginación afecta á las aventuras. Su
ejercicio favorito era hermanar la firmeza de las
armas con el dulce metro de la poesía, insepara-
ble entonces de la música. Tan diestros en ma-
najar las primeras como en modular los acentos
de la voz, acompañaban á esta con el harpa, su
instrumento nacional y predilecto. El mas cele-
brado entre estos venerados aventureros fué Oslan,
hijo de Fingal, cuyas composiciones elegiacas han
atravesado numerosos siglos y forman un libro
poco voluminoso, que ha llegado á ser estimado
como un precioso monumento de interesante
antigüedad, y como uno de los parios mas sub-
limes de la imaginación y de la esquisita sen-
sibilidad del corazón en el estado primitivo de
la naturaleza. Oslan fue tan célebre por sus hechos
militares como por sus romanzas. Tuvo un hijo, el
impetuoso Oacar, célebre por su valor y tambien
por su violento y ardiente amor á Malvina. Tam-
bien tuvo una hija única, compañera de su cansada
senectud; esta tierna amiga servia de placida guía
á su padre anciano y ciego, que componia todas
sus poesias en medio de las selvas ó á orillas del
mar tempestuoso de la Escandinavia. Allí su alma
de fuego se llenaba de delirio, y pareció que su
corazón se deleitaba con mecerse en el centro de
un paisaje rudo y espantoso; no así como nues-
tros melifluos poetas modernos, que á pordia nos
arrullan con el empalagoso murmullo de sus eter-
nos arroyuelos, y con el aspecto uniforme de per-
pectivas siempre apacibles y monótonas.

Los héroes de Oslan son guerreros ó cazado-
res: la áspera escena constantemente oscura,
está sembrada de riscos, cubierta de nieve, ro-
deada de escarcha, y en su cielo opaco, ejércitos
de nubes se deslizan lentamente sin acabar jamás.

No se puede formar ninguna idea de la religión
de estos pueblos incultos y poco menos que igno-
rados. De creer es que la idolatría sería la base
de ella y la superstición su culto; no obstante,
según indican los poemas ostánicos, tenían una
tintura ligera de la inmortalidad del alma, á la
verdad, bien fantásticamente concebida. Imagina-
ban que despues de muertos sus espíritus, reve-
stidos de formas aéreas y de una brillante palidez,
vagaban silenciosos y melancólicos entre las nubes,
acercándose á veces á contemplar aun á los vivien-
tes, sin dejar por esto de ser impasibles á todos
los eventos de las flaquezas humanas, y sin facul-
tad para mezclarse é influir en ellos. Estas tétricas
visiones derramadas en todas las producciones de
los bardos, las cubre de un colorido fúnebre, que
escitan en el lector mil sensaciones de deliciosa
tristeza, conduciéndote de este modo á gozar en la
pena; así tal vez como el desgraciado, que cebán-
dose en su mismo infortunio experimenta placer
en las memorias que le matan. Hé aquí una pe-
queña muestra de tan sublimes como melancólicos
cantos.

I.

La nieve en copos ligeros y abundantes se
desprendia en el espacio; la noche estendiendo su
manto cubria llena de magestad, calma, y silencio,
los valles y los mares, viendo relumbrar la ful-
gente estrella. Todo dormia: solo los ojos del tris-
te Ledán están abiertos y sus pasos impetuosos y
ligeros turbaban la paz del desierto. Las memorias
fúnebres de sus celos se conformaban armoniosa-
mente en la noche con el horror de las tinieblas;
y el astro luminoso revestido de todo su brillo no
seria bastante á sosegar su pecho alterado.

Gormál, el execrable Gormál, arrebatado á
Minta del palacio de su padre, la habia conducido
á playas extranjeras; pero Minta pesarosa se acor-
daba de los umbrales de sus antepasados; mil do-
lorosas lágrimas oscurecian sus ojos y la nieve
cuando cubre la agitada cumbre del matorral, que
se aplana y eleva combatido por la tempestad, imi-
taba los esfuerzos de su atormentado pecho, cada
vez que la memoria de Ledán se presentaba al
pensamiento de su corazón entristecido. El, seme-
jante al torrente que apacible en su nacimiento se
infla y precipita al encontrar obstáculos, cuando ha
aumentado el caudal de sus aguas, no satisfecho
con acusar á Minta, esperaba frenético saciar en el
raptor su venganza. Para contentar su amoroso
furor se habia entregado á las inconstantes ondas,
y ya dejando su fragil esquiso se aproximaba sin
estrépito y favorecida por una profunda oscuridad
al palacio de Gormál.

II.

El mas profundo silencio reina sobre la tierra.
El viento no se atreve á mover la flor del cardo so-
litario, Minta cuenta sus penas á las derrocadas
peñas y cual tortola herida se queja y sospira.
Sus inciertos pasos la llevan hacia la playa y se
adelanta, del mismo modo que se vé en una noche
nebulosa avanzar la luna en medio de los vapores,
que á veces penetra para derramar sobre los
montes la palidez de una luz dudosa.

—¿Quiénes, dice Ledán, esa tímida beldad? ¿Có-
mo arrostrando las tinieblas y la escarcha se atre-
ve á recorrer la húmeda playa? Su mano cual blan-
ca espuma, brilla entre sus cabellos de azabache,
y una tristeza angustiosa parece empañar sus
languidos ojos.

Dice y reconoce á Minta. En aquel instante, de-
bajo de su formidable coraza, su dilatado pecho se
conmueve y su corazón estremecido se ensancha
al modo que una ola embravecida cuando lleva la
destrucción en sus flancos irritados.

Desde un peñasco que señoreaba la orilla,
Minta inmóvil y pensativa veía estrellarse las mo-
les líquidas, cuando de repente rompe el silencio
de los bosques, haciéndoles eco de su voz. ¡Mar!
aplaen sus bramidos paternos. Y vosotros oh!

rientos: callad para que podamos oír sus tiernas y lamentables inflexiones.

— ¡Oh! la estrella precursora de la noche! cuya centellante cabeza indica en las sombras tu marcha tranquila y brillante! ¿qué miras sobre los montes? La flor acariciada por el ligero céfiro reposa en los valles. Todo descansa y todo me abandona... Las olas con monótono murmullo se acercan y huyen de las bases de las peñas: el torrente ennegrecido parece verter un agua turbia y cenagosa y el mar resplandece resplendente cuando el astro plateado, buscando su ocaso, se sumerge en su seno. ¡Ay! á mí todo me abandona y me huye... ¡Antorcha eterna y apacible! guía con tu luz pálida al hermoso Ledán hacia el destierro de su triste amiga. ¡Ay! ¿por qué no veo relumbrar sus armas sobre las olas tumultuosas! El cruel olvida su amor y me deja sola con mis lágrimas! ¡

III.

No obstante él se acerca. Sus pasos resuenan en la soledad y su inmenso escudo se ve ceñir colgado de su robusto brazo.

— Vengo á codelatr tu cautividad. Levanta los ojos, ¡hija de los héroes! Mi barca nos aguarda; mañana hollará el pavimento de sus abuelos.

— Dice, y Minla suspira. En su alma alborozada suena aun el eco de la voz querida. Es así como el estruendo del mar ó del viento hiere aun el oído despues de fenecido. Entretanto el huracán bramaba sobre la llanura del mar horrascoso. Las olas encrespadas venían á romperse sobre las berizadas rocas. Los árboles agitadamente mecidos mezclaban con ruido sus ramas, y las fantasmas errantes gemían horrorosamente en la noche.

Minla siguió á Ledán con recelo y timidez, avanzando temerosa como la niebla cuando sirve de velo al astro del día. Caminaban silenciosamente siguiendo la orilla. Se oía el trueno á lo lejos rodar enai roca vieja arrastrada por las aguas. El Océano se veía surcado de ráfagas de fuego, y ya el rayo con vislumbres aterradoras atravesaba el horizonte.

Ledán con sus vigorosos brazos coloca á Minla en su débil esquiná, al que aire á fuerza de remos un peligroso camino. Se encorva sobre el remo y la barca que rechina se eleva sobre las crestas de las olas furiosas. Su desparurada amada ocultaba una mortal palidez debajo de su ondulantecabellera. En este momento la única vela que conducía los amantes haciéndoles caminar entre los abismos, se desgarró; y Ledán desesperado de poder seguir vogando, prorrupe en estas palabras:

— Es preciso ¡oh Minla! aguardar la salida del radiante globo para emprender el arribo á tus playas sembradas de vientos. Ya ves que hasta las estrellas me privan de su auxilio benéfico envolviéndolo en una negra capa.

IV.

Llegan á Ifrona, isla solitaria, que jamás ha-

bia sido hollada de pie humano, y que cercada de pantanos y tenebrosas y eternas nieblas, sirve solo de guarida á mortíferas aves y á inmundos vivientes. Ledán amarra la barca á un sauce que dominaba la próxima orilla, y Minla exánime y abatida se apoya en su brazo; así como se vé la nieve del invierno rodear el pino del desierto y colgar de sus ramas.

Se ofrece á sus ojos una gruta vasta y profunda, que les parece inhabitable, y en ella los restos de un tronco consumido por los años se cubren bien pronto por los cuidados del enamorado guerrero. El fuego escitado por su activo soplo chispea y salta. La llama se eleva y la caverna se ilumina. El lobo amedrentado sale de sus sombríos escondites y el triste mochuelo suspende sus desabridos cantos. El héroe callaba y su tímida amante miraba, sin verla, la vacilante llama. Las rosas del pudor hacían mas relevante su hermosura y sus brazos caídos estaban sin movimiento. Llento de asoladoras inquietudes, Ledán termina en fin el largo silencio.

— ¡Minla! la dice, ¿por qué tanta tristeza? ¿Sientes acaso la falta de mi odioso rival? ¿Qué cruel turbación te oprime? Mirame, ¡hermosa mia! No temas que en mis ansiosos ojos se plinté la turbación y la muerte.

— ¡Ledán! ¡Ledán mio! ¿Qué trabajo destino te ha hecho atravesar el íntel elemento para salvar á la desventurada Minla? Así como la flor que acaba de nacer yo podía vivir y morir sin interesar á nadie. Tú solo entonces, quizá me hubieras llorado, y toda del dulce objeto de mi amor mi vida se hubiera terminado sin que la suya se arriesgara.

Robustos pinos cerraban la entrada de la cueva guareciéndola contra los esfuerzos de la tempestad, y el huracán bramador conmovía su cima, inclinando el humo denso en torbellinos opacos, que frecuentemente ocultaba los amantes á sus mismas miradas.

V.

— Habla, pues, mujer amada, dice Ledán suspirando. Mi corazón no es piedra insensible y sabes bien cuán capaz es de sentir y gozar. Mi alma no es inconstante como la mar, que dócil á todos los vientos ya se calma apacible ó ya se encumbe amenazadora. Yo te adoro, Minla mia, pero detesto á mi abominable rival. ¡Ay! si te conservabas á mi ternura ¿por qué, dime, seguiste á Gornal?

Los robles con sordos gemidos rodaban al caer sobre los montes. El Océano sublevado en sus vastas llanuras estremecía la soledad con sus rugidos, aumentados por el sithido de los vientos.

— Ledán, dice Minla, tú, á quien mi corazón idolatra; tu voz es para mí lo que la aurora benéfica para el vastago, que el aguacero ha derritado. Acababas de partir acompañando á mi padre á las tierras del extranjero: volabas á arrostrar los hazards de la guerra, bien ageno de pensar en los

que rodeaban á la solitaria Minla. Lloró todo aquel aciago día y llegada la noche, cerca de un ennegrecido pino que el fuego consumía, mi alma pesadrosa vagaba entre los pavorosos raticinios de una negra pená: de repente algo gritos lejanos y el ruido cadencioso de los remos. Mis pasos presurosos me precipitan hacia la playa. Corro, llego, creo arrojar me en sus brazos: ¡horrible sorpresa! Gotmal me arrastra y esclaviza. ¿Que podía yo contra el inhumano guerrero! Llorar, solo llorar porque mi débil mano no podía manejar la lauzá.

—¡Oh Minla! enjuga tus divinos ojos, dice Ledán, con amorosa sonrisa; bien pronto el sol hácia tu palacio nos servirá de brillante guía. Ya se vé al horizonte la tierra de los héroes relucir como el escudo de un guerrero.

Dice, y estrechándola sobre su corazón, rodéala con su brazo protector y se dirige á la playa.

¡Sombras de sus progenitores! ¿qué haciais entonces? tal vez al impulso del aquilón vagabais ligeras persiguiendo la hoja seca que cae del árbol ó el vello ligero que se desprende de las flores silvestres; ó recostados en el centro de vuestras misteriosas estancias y recreándoos con la armonía de las arpas, olvidábais tranquilos los queridos hijos de vuestros amores y el peligro espantoso que les amenazaba.

Seguido de Minla; Ledán se aproxima á la orilla, busca la barca, su única esperanza, se adelanta, mira, y á sus ojos ansiosos se ofrecen sobre el terreno arenoso las huellas de sus pasos grabados en él: aun servia de collar al humedo saúcel el cable que detenía el esquife. Pero ¡ay! él ha desaparecido: en vano la vista inquietada del amante le busca sobre las olas; la barca despedazada por el huracán, fluctuaba en mil trozos dispersados.

Ledán no sabe llorar; su frente se dilata, y sus cejas de ébano se reúnen bajando sobre sus ojos. Sus puños se cierran, y de sus lábios convulsivos se escapan palabras siniestras, que expresan la desesperación, al paso que de su ahúncoso pecho salen dificultosamente algunos suspiros. En fin, rompiendo un silencio agreste, prorrumpe en clamores inútiles, exhalando la rabia que le enagena. Así como en el estío el arroyo que oculto discurría por entre las peñas, llega á ser un raudal copioso aumentado por la tempestad, que se derruca de las montañas, precipitándose cual torrente impetuoso á inundar los campos.

VI.

—¡Ledán! dentro de pocos instantes caerás sobre la arena como la yerba tierna que la hoz siega. «La muerte vá á cerrar tus párpados, y el bardo con sus nobles cánticos no ilustrará tu pasajera existencia. En medio de las falanges, el guerrero poseído de un poderoso valor, ve coltar con indiferencia el hilo de su vida.

Así habla Ledán; despues dirigiéndose á su amada:

—Y tú Minla, la dice, tú vés á perecer como

«una flor brillante con las perlas del rocío, que el desapiadado cazador ha separado indiferentemente de su tronco. ¡Oh Minla! yo mismo abro tu sepulcro. ¿Qué podrá mi espada contra el ave veloz y el ligerísimo gamo. Ella permanecerá inmóvil en mis manos, y el hambre lentamente nos consumirá.»

Minla derramó lágrimas toda la noche, y cuando la estrella matutina se alejó, se acrecentaron hasta el colmo sus temores: el sol volvió á aparecer, y al hundirse en el oceano, la vió fenecer así como los pequeños vapores que huyen y se aniquilan con los primeros albos de la aurora.

—¿Despertarás algun día, ¡oh Minla! la mas hermosa de las mugeres! ¿Estarás largo tiempo adormecida en las mansiones celestiales?... ¡Ay! no, ¡no te verán ya recurrir magestuosa y brillante de hermosura á nuestras florestas! Algunas veces solamente cuando el viento se apacigue, te acercaras sobre las cumbres de tu isla terrible. Hácia la caída del día dicen que un vapor reflejante representa tus bellas facciones al través de sus transparentes contornos, y frecuentemente el pescador arrojado sobre estas playas, ha oído con terror tu lamentable voz salir del seno de las rocas.

Tu palacio se ha destenido, y en sus pórticos arruinados el viento forma lúgubres conciertos. Los bardos huyen de su recinto, y no cantan ya en sus salas abandonadas las hazañas de los cáudillos, ni sus muertes gloriosas. Dentro de poco sus muros desiertos no presentarán á la vista mas que pilastras derribadas y restos desmoronados, y el marinero descarrilado en un mar desconocido, no podrá gularse por las soberbias torres que en otro tiempo le servian de fanal.

El desafortunado Ledán entregado al mas hórido furor, arrójase sobre el cadáver de su amada, aplica sobre los labios cardenos y feos de Minla sus labios, á los que una ardiente fiebre dán el calor de un volcan. Lánzase de su atormentado pecho gemidos inarticulados y hondos suspiros. Escápanse de su boca palabras siniestras y parece que la razón le abandona. Mal cicatrizadas heridas que recibiera combatiendo en los mares del norte contra naciones estrañas, cubren el pecho del guerrero. De pronto, por un movimiento desesperado, terrible, de muerte, sus heridas se abren y sale de ellas bumeando la sangre. Ledán espira sobre el cuerpo inanimado de la que amó. Todas las noches su sombra afligida y lastimera surca los aires con dolorosos quejidos, amedrentando la playa.

Consuelate ¡oh Ledán! el bardo hace renacer con sus cánticos el recuerdo de los siglos que pasan, y si las asechanzas del tiempo vencen al bardo, el guerrero cantor lo arrebatá de la tumba con una melodia encantada, y su memoria reanimada se estiende, al modo que el fuego moribundo, alevado por el aire, se comunica al combustible del cercano bosque hasta presentar un incendio espantoso.

José Muñoz.